

Autor: Abilio Ayuso

LOS ANARQUISTAS

Ilustrador Ronny Bravo



Historia de aventuras inspirada en la conversación que hace más de **+12** cuarenta años mantuve con un compañero de trabajo, en la que ensalzó apasionadamente las bondades del sistema anarquista.

Aquellos jóvenes eran inteligentes, capacitados y concienciados, aborrecían el sistema capitalista que imperaba en el mundo, y la experiencia les había desengañado por completo de las dictaduras comunistas. Pensaban que la humanidad había llegado a un punto de corrupción que no tenía vuelta atrás, que ya no podía ser modificado, y que la única solución era la huida.

Para ellos, la única forma de vida correcta era el anarquismo, sin gobiernos ni políticos, sin estado, sin impuestos, sin jueces ni policías, ni ejército ni banqueros, ni dinero, la vuelta a un estado puro y natural, donde cada cual cambiara el fruto de su trabajo con el de los otros, el granjero le daría un pollo al labrador a cambio de un saco de patatas y así sucesivamente.

Inflamados de fervor con respecto a sus ideas, resultaban tan contagiosos que en poco tiempo formaron un grupo numeroso y compacto.

Alguno de ellos tenía recursos y capacidad de acción, así que comenzaron a trazar un plan. Un vacío legal en un país bananero, más algún soborno, hizo que pudieran conseguir el dominio de una pequeña isla deshabitada en el Pacífico. A partir de eso solo necesitaron contratar un carguero que les trasladaría a ellos y todo aquello que necesitaran para emprender una vida nueva.

No hubo problemas para financiar el proyecto, quienes tenían un piso, una casa, un coche o cualquier cosa con valor material, lo vendieron, los que poseían una pequeña herencia o cualquier valor pignorable, lo liquidaron. Las cuentas bancarias se cancelaron, y todo se aportó al proyecto, en su nueva vida ya no necesitarían nada de todo aquello.

En poco tiempo tuvieron lista la nueva arca de Noé, llevaban ganado, herramientas, pequeños veleros, una fragua, un molino, algún arma, semillas, medicinas, en fin, todo aquello que les permitiera ser autosuficientes.

Así partieron a su nuevo mundo, provocando la envidia de quienes hubieran querido acompañarlos, pero no pudieron, o no se atrevieron, y también la sorna de algunos escépticos.

Una vez desembarcados, la actividad fue febril, construyeron su pequeña población entre todos, con orden y planificación, como buenos ecologistas que eran, procuraron respetar el medio ambiente al máximo y crear estructuras razonables. Los pescadores estaban cerca de la bahía, los

carpinteros del bosque, los ganaderos de los prados, los agricultores junto a los campos preparados a tal efecto, y los servicios tales como médico, herrería, etc. en un lugar céntrico al alcance de todos.

Los primeros meses no hubo ningún problema, comían la reserva de alimentos más o menos perecederos que habían desembarcado, más el pescado, el marisco y las frutas silvestres que la isla ofrecía, mientras tanto desbrozaban, sembraban, cuidaban los plantones de árboles frutales y hacían que el ganado se fuera reproduciendo.

Pero, tal como estaba previsto, las reservas se agotaron y pasaron a depender de la producción propia, lo cual en principio no generó ningún conflicto, la isla era fértil y podía sostener sobradamente a una comunidad como la suya.

Fueron, en principio los agricultores los que generaron alguna polémica. Al recoger su primera cosecha abundante, no se limitaron a repartirla entre los demás, sino que la almacenaron, argumentando que ellos solo obtenían los frutos de su trabajo en contadas ocasiones al año, si repartían todo lo obtenido, luego no tendrían con que efectuar el trueque.

Parecía lógico, pero ello desató la queja de los pescadores, que durante algunos días de mal tiempo no pudieron faenar, ya que ellos les habían estado proporcionando pescado desde los primeros días, sin nada a cambio y ahora que no tenían con que cambiar se veían privados del trueque con los productos agrícolas.

Cada cual defendía sus argumentos, porque lo que estaba en juego no solo era su sustento, sino el de los pequeñuelos que algunos de ellos tenían, la frase típica era: “Yo os daría todo, aunque luego pasara escasez, pero lo que no puedo permitir es que mis niños no se nutran adecuadamente por mi mala cabeza”.

Finalmente decidieron reunirse en consejo, fue una jornada larga en la que cada cual expuso sus ideas, como no había consenso hubo que votar y todos tuvieron que aceptar, con mayor o menor agrado, la decisión de la mayoría, que fue un tanto salomónica, los agricultores repartirían la mitad de su cosecha entre aquellos que les habían estado proporcionado servicios o alimentos, como los pescadores, el granjero, el médico etc.

Para casos semejantes se discurrió que, en lo sucesivo, cuando los pescadores, el granjero, o los propios agricultores no tuvieran en aquel

momento nada para intercambiar, crearían unas pequeñas tabletas de arcilla cocida, numeradas, con su nombre, y sus huellas, en las que figuraría escrito: Vale por un pez grande, o por un pollo, o un saco de trigo, Etc.

En el momento en que la situación se revirtiera, se canjearían las tablillas por el producto real.

Eso alivió muchos problemas, porque la gente ya no dependía de una buena o mala temporada para comer, si el mar se mostraba tempestuoso, los pescadores podían comer pollo o patatas, comprándolos con tabletas de pescado y cuando el agricultor aún no había recogido la cosecha podía comprar lo que precisara mediante tabletas de cestos de fruta o de hortalizas.

Con aquel sistema tampoco hacía falta acordarse de lo que se había prestado a nadie, se guardaban las tabletas con su nombre y huellas y no había ninguna duda. El sistema les pareció a todos muy práctico y quedaron satisfechos de su propia capacidad para resolver problemas.

También fue de ayuda en las transacciones, ya no era necesario ir al médico o al herrero con dos pollos bajo el brazo, sino solo con dos tabletas, el médico las guardaba y recogía el pollo cuando realmente iba a consumirlo.

Otra ventaja era que, si había una temporada de fiebres diarreicas, el médico no se encontraba con un montón de pollos y corderos que no sabía dónde meter, sino que se guardaba las correspondientes tabletas, y los animales seguían pastando en la granja hasta que decidiera comer alguno, o podía cambiar una tableta de pollo por otro producto como pescado o fruta.

Pero hubo nuevos problemas, un granjero decidió que cuatro sacos de trigo por un cordero era excesivo, porque aquellos animales se reproducían solos, sin precisar apenas trabajo, mientras que la siembra, el cultivo, recolección y trillado eran agotadores. Por otro lado, el pastor argumentaba que para que un cordero creciera, eran necesarios muchos meses de vigilancia y atención al rebaño.

Otra vez tuvo que reunirse el consejo, deliberar, discutir y votar. Finalmente se llegó a la conclusión de que no se podía perder un día de trabajo cada vez que hubiera un desacuerdo. Para solucionarlo se realizó

una última votación en la que se escogieron las tres personas más sabias, honestas y ecuanímes, durante un año ellos serían los que decidirían sobre los temas polémicos, su veredicto sería de obligado cumplimiento.

Sin embargo, el hijo de uno de los elegidos, que era herrero, argumentó que aquello era injusto, porque cada vez que su padre tuviera que escuchar, comprobar, decidir y votar, junto con los otros dos, sobre un caso polémico, no podrían trabajar, y por hacer un bien a la comunidad resultarían perjudicados.

Finalmente se decidió que aquellos que presentaran un caso polémico deberían entregar alguna tableta a los tres elegidos, según la complejidad del caso.

Aun así, fueron necesarias más asambleas generales, una de ellas para debatir la propuesta de canalizar el agua de la única fuente potable al centro del pueblo y otra la de construir un camino seguro hasta la laguna que les servía de baño, para evitar los accidentes que en alguna ocasión se habían producido.

Había gente que podía realizar aquella tarea, ¿Pero a cambio de qué?, finalmente se decidió que cada adulto aportaría tres tabletas mensuales al trío de los elegidos, y ellos compensarían a los trabajadores por su tiempo y esfuerzo.

Otra dificultad, la creó un mozarrón, bastante gandul y mal agricultor, harto de la escasez, que tomando un cuchillo y un garrote decidió apropiarse por las buenas o las malas de lo que no le correspondía.

Conociéndolo, nadie se atrevía a enfrentársele físicamente, por tanto, se decidió que los dos cazadores tomarían sus armas y lo traerían maniatado frente al consejo.

Hizo falta un disparo intimidatorio para que aquel matraco se dejara llevar ante el consejo, finalmente se decidió que por todo lo robado prestaría servicios a la comunidad durante tres meses, recibiendo apenas la comida necesaria para sustentarse, los cazadores vigilarían que así fuera y si reincidía sería abandonado a su suerte en el mar en una rudimentaria balsa.

El siguiente problema vino del exterior, comenzó el granjero, diciendo que le faltaban dos corderos y varios pollos, la idea general era que se le habían escapado, pero días más tarde, un agricultor dijo que le habían

despojado de sus frutos maduros cuatro árboles frutales y por supuesto la fruta no se puede escapar. El golpe definitivo fue cuando faltaron herramientas y enseres de alguna de las casas. Ese mismo día, una de las barcas de pesca se cruzó en su regreso con una canoa de indígenas que huía precipitadamente.

Aquel hecho provocó nuevamente una asamblea general, si su comunidad había sido descubierta por los nativos de alguna isla relativamente cercana, y habían comprobado la facilidad con que les podían despojar, dado que al atender cada cual su trabajo no existía un sistema de vigilancia, ya no cesarían los latrocinios, sino que irían en aumento.

Otra idea aterradora, era que quienes podían robar, igualmente podrían violar a cualquier mujer, o secuestrarla, o llevarse un niño. Había que tomar medidas.

Uno de los elegidos tomó la palabra: Dado que los cazadores apenas tendrían trabajo en un futuro inmediato, porque la escasa fauna local corría el riesgo de ser exterminada si continuaban las cacerías, ellos serían los encargados de vigilar y repeler a los ladrones si fuera necesario.

La idea fue aplaudida por todos, y nadie objetó nada contra el hecho de que, a partir de ahora, al no tener nada que cambiar, los cazadores tendrían que ser mantenidos por la comunidad, lo cual aumentaría la cuota mensual de tabletas que cada adulto debía aportar.

Aun en el caso de que alguien tuviera reticencias, los hechos posteriores las hubieran hecho acallar, ya que cuatro días después uno de los cazadores divisó una canoa que se acercaba. Reptando invisible con su ropa de camuflaje, descendió desde la chabola sobre el risco que le servía de atalaya, hasta la maleza que bordeaba la playa. Allí emboscado esperó a que la canoa estuviera a tiro, y disparó acertando justo en la línea de flotación.

El cartucho apto para jabalís, abrió un boquete del tamaño de una mano en la carcomida madera, los sobresaltados nativos, dieron media vuelta de inmediato, encaminándose hacia mar abierto con toda la velocidad que sus remos les permitían.

Toda la comunidad, alertada por el disparo, se acercó a la costa, viendo como la barca se alejaba.

El médico, que había cargado con su telescopio de campaña, pudo comprobar que la canoa cada vez navegaba más despacio y con un perfil más bajo, la conclusión era que se estaba hundiendo lentamente.

El comentario general fue que, si conseguían regresar a su poblado, advertirían a los demás el peligro que significaba robar en aquella isla, y si no lo conseguían, su desaparición tendría un efecto similar.

A partir de aquel día, ya no tuvieron más visitas indeseadas, en alguna ocasión pudieron divisar alguna embarcación en la lejanía, pero nadie osó acercarse, no obstante, los cazadores siguieron vigilando..

Otra polémica se suscitó cuando un agricultor encendió una hoguera para quemar rastrojos, cometiendo luego la imprudencia de emborracharse y quedarse profundamente dormido. Una ráfaga de aire avivó y extendió el fuego, haciendo que lo perdiera todo, la casa, el almacén con la cosecha recolectada, los aperos de labranza y hasta los árboles frutales.

La mayoría de los colonos coincidió en que si hubiera padecido una desgracia casual, como la caída de un rayo, podría pensarse en colaborar entre todos para ayudarlo, pero su pérdida estaba originada por el vicio y la negligencia, y aquello no merecía que la comunidad aumentara las cargas que ya sobrellevaba.

El hombre andaba desesperado, sin saber cómo rehacer su vida, hasta que los pescadores le convocaron a una reunión. El mayor de ellos le explicó que tal vez podrían ayudarlo, esperanzado, el agricultor escuchó la propuesta.

Los pescadores habían tenido una buena temporada, consiguiendo acumular bastantes tabletas de toda clase, además de eso, podían fabricar más tabletas de pescado, calcularon que con trescientas tabletas el agricultor podría comprar ayuda suficiente para rehacer su casa, pero sin el menor lujo ni exceso, semillas para sembrar, y el mínimo imprescindible para alimentarse. Viviría de la forma más austera posible hasta haber devuelto lo prestado, más un diez por ciento de intereses acumulativos por trimestre. En el caso de que no acabara de pagar la deuda más los intereses, todo lo construido, más los terrenos, pasaría a ser propiedad de los pescadores.

El agricultor aceptó y firmó su compromiso públicamente ante los elegidos. A la mayoría de los colonos les pareció correcta la solución,

porque de esa forma el esfuerzo recaería íntegramente sobre el culpable de la desgracia.

A partir de entonces, la vida del hombre se convirtió en una especie de auto esclavitud para conseguir devolver lo prestado.

Durante un mes, quienes no tenían un trabajo que les ocupara todo el día se afanaron en la reconstrucción de la casa y el almacén, los campos quedaron sembrados y a partir de entonces, el agricultor solo tuvo que realizar el mantenimiento, regar y quitar las malas hierbas.

En los momentos en que sus campos no le mantenían ocupado, trabajaba para quien fuera a cambio de alguna tableta..

Al acabar los trabajos, otro agricultor tuvo una idea, si pudiera construir un pozo operativo, podría doblar fácilmente sus cosechas, pero esa tarea quedaba por encima de sus posibilidades, tampoco podía hacer tabletas suyas porque ya había tenido que repartir un cierto número y había ciertos límites.

Por tanto, se dirigió a los pescadores y les solicitó un préstamo, un puñado de tabletas que le permitieran contratar gente para construir el pozo, estos le dijeron que en una semana le darían la respuesta.

Los pescadores quedaron debatiendo la idea, ya habían repartido demasiadas tabletas de pescado, no era prudente hacer más. Sin embargo, uno de ellos tuvo una idea, él conseguiría todas las tabletas necesarias.

Al día siguiente visitó a todos los que pensaba que podrían tener una reserva de tabletas, y les comunicó que, si depositaban diez tabletas en su casa, al cabo de seis meses recibirían once de vuelta.

Todos aquellos que tenían un sobrante de tabletas, lo entregaron, incluso hubo quien fabricó tabletas nuevas poder recibir los intereses al cabo de medio año.

Los pescadores ofrecieron al granjero tabletas suficientes para construir su pozo, pero a un interés tres veces superior al que ellos pagaban, es decir, un diez por ciento cada dos meses.

Además, ofrecieron préstamos al mismo interés a quienes lo necesitarán, hubo quien aceptó y al cabo del tiempo los pescadores recibían una ganancia tan importante por la diferencia de intereses, que pudieron recuperar la mayor parte de sus tabletas de pescado más otras de diversos

productos, con lo cual ya no necesitaban pescar para sustentarse, por tanto solo pescaban por diversión cuando les apetecía y las condiciones climáticas eran perfectas.

Al menguar la producción de alimentos, inevitablemente estos incrementaron su precio, y aquellas personas que no los producían, sino que ofrecían su trabajo, tuvieron que trabajar más horas para seguir alimentando a sus familias, aquello generó malestar y provocó una nueva reunión encaminada a exigir a los pescadores que volvieran a faenar como antes.

Oídas las quejas, el jefe de los pescadores tomó la palabra para decir: “Muy sencillo lo veis vosotros desde la seguridad de vuestros campos y granjas, ¿Qué riesgo corréis, que os pique un pollo, o se os caiga una calabaza al pie?, sin embargo nosotros nos jugamos la vida cada vez que vamos a faenar y hemos pasado momentos de peligro, lo que nos ha vuelto más prudentes, ahora solo salimos cuando hay buena climatología. Ahora bien, si hay quienes piensan que somos cobardes que vengan a nuestra casa, les enseñaremos las artes de la pesca y podrán salir a faenar con nuestras barcas”.

Hubo murmullos, pero nadie se atrevió a decir nada en contra. Al día siguiente, cuatro jóvenes agricultores cuyos campos no requerían en aquel momento cuidado alguno, se acercaron a las casas de los pescadores para aceptar la oferta.

El trato estaba claro, los pescadores les enseñarían a faenar y les prestarían barca y aparejos, podrían salir a pescar, pero deberían abonar cualquier rotura en la barca o útiles, y en caso de hundimiento de la nave, sobrevivieran o no, sus casas y campos pasarían a poder de los pescadores.

Por último, lo que capturaran se dividiría en dos partes iguales, una para ellos y otra para los pescadores en concepto de alquiler del navío y aparejos.

Evidentemente, les prestaron la peor barca de las tres y las redes más remendadas, aun así y a pesar de su inexperiencia, en poco tiempo consiguieron buenas capturas, lo cual redundó en beneficio de todos.

En aquella sociedad, las relaciones sexuales eran libres, cada cual podía mantenerlas con quien quisiera, siempre que fueran consentidas por ambas partes.

A pesar de ello existían parejas estables que colaboraban en el trabajo y en la educación de sus hijos. Una de esas parejas, formada por dos jóvenes muy atractivos, sufrió la desgracia de que el hombre tuvo una mala caída cuando cortaba ramas de un árbol y falleció.

La pobre muchacha se vio impotente para continuar ella sola manteniendo la granja y a su hijita, así que tomó una decisión drástica, cuando los pretendientes comenzaron a rondarla los aceptó, pero solo por una noche y a cambio de un puñado de tabletas, de esa forma consiguió contratar ayuda para mantener lo que tanto esfuerzo les había costado y que a su niña no le faltara de nada.

Hubo quien soterradamente criticó su proceder sin embargo, nadie tuvo la generosidad de ayudarla altruistamente para que no tuviera que recurrir a tal procedimiento.

En otro orden de cosas, cuando se acercaba el final del año de mandato de los tres elegidos que resolvían las controversias, se planteó realizar nuevas elecciones.

Todo el mundo daba por hecho que saldrían reelegidos, pero había tres individuos que pensaron en las grandes ventajas que podrían obtener de ser elegidos para el cargo, y se pusieron de acuerdo para realizar una campaña subterránea.

Cuando visitaban a los agricultores se lamentaban del poco aprecio que los otros grupos hacían de sus tareas y lo poco que les consideraban, entonces les prometían que si ellos salían elegidos harían justicia, lo mismo dijeron a los granjeros y todos los demás.

Aquellos caraduras, en la siguiente asamblea fueron elegidos por abrumadora mayoría.

Después de mucha palabrería sobre paz, justicia y derechos, que por su ambigüedad podía contentar a todo el mundo, la primera medida real que tomaron fue la de aplicarse a sí mismos una asignación fija, independiente

de lo que les abonaban por cada causa a debatir, lo cual incrementó el impuesto mensual que cada adulto debía abonar.

Poco después dijeron que emprenderían una serie de obras que mejorarían notablemente las condiciones de vida de la comunidad y de paso darían trabajo a jóvenes que lo necesitaban.

Las importantes obras consistieron en una casa comunal situada en la mejor zona de la población, una colina con un precioso bosquecillo desde donde se divisaba la totalidad del poblado y la bahía, y que anteriormente se había decidido dejar en estado natural por su singularidad y belleza.

La mayoría de los árboles fueron talados y con ellos se construyó la mansión, que a pesar de su pomposo nombre de “casa comunal”, en realidad se convirtió en el privilegiado hogar de los elegidos.

A raíz de tales obras, las aportaciones mensuales crecieron exponencialmente, hubo quien murmuró que lo que se recogía en impuestos era muy superior a lo poco que recibían los jóvenes que realizaban el trabajo, pero nadie se atrevió a denunciarlo públicamente.

Una mañana, apreció en el horizonte un yate de gran tamaño con bandera estadounidense, en él viajaba un equipo de científicos que realizaba estudios oceanográficos por la zona. Fueron muy bienvenidos en la isla, no sólo porque podían aportar noticias del resto del mundo, sino porque obsequiaron a los colonos con algunos elementos que escaseaban, como medicamentos o baterías para algún aparato.

Durante unos días las actividades casi se paralizaron para agasajar a los huéspedes, que por su parte también hicieron un alto en su labor científica para interesarse por aquella comunidad inusual, a pesar de que la antropología no era su campo en absoluto.

Al cabo de unos días llegó el momento de la partida, la noche anterior se hizo una fiesta en su honor, a media mañana del día siguiente partirían para continuar su tarea.

Al despertar por la mañana, en varias casas encontraron una nota, dejada por debajo de su puerta, en la que la tejedora comunicaba que había pedido una plaza a los científicos en su barco, y como había sido aceptada se marchaba.

Aquello cayó como una bomba en la comunidad, como una sola persona se reunieron para dirigirse a la bahía donde se encontraba el barco, anclado a pocos metros de un murete rocoso, y comenzaron a llamar a la fugitiva que no tardó en aparecer por la borda.

En cuanto la vieron todo fue un coro de lamentos y reproches: ¿Cómo podía abandonar la sociedad tan maravillosa y fantástica que habían creado para reintegrarse en el asqueroso mundo capitalista del exterior?.

Ella hizo un gesto con las manos, y todos callaron para escucharla, su discurso fue claro como el agua y cortante como el acero: “Compañeros, me marchó porque esta sociedad ya no tiene nada de maravillosa. Huyendo del asqueroso mundo capitalista, hemos creado otro mundo igual de asqueroso, pero más cutre.

Hemos reinventado el dinero en forma de tabletas, los impuestos en forma de aportación mensual, la policía y ejército formados por los cazadores, los banqueros y las hipotecas redescubiertas por los pescadores, los trabajadores por cuenta ajena, la prostitución por no tener la nobleza de ayudar a las desamparadas, y por último lo peor de todo, el estado y la política corrupta.

Al principio, una vez construidas las casas, yo solo tenía que trabajar cinco horas diarias para ganarme el sustento, tenía tiempo de pasear, contemplar la puesta de sol, hablar con las amigas, cantar en grupo y tocar mi guitarra. Ahora tengo que trabajar un mínimo de diez horas diarias para obtener lo mismo, y cuando acabo estoy tan cansada que solo tengo ganas de cenar y dormir.

Quedaros con vuestra maravilla de anarquismo, que yo me vuelvo a la mierda capitalista donde por lo menos, si no me gusta un país puedo marcharme a otro”.

Al llegar a este punto, los tres elegidos que habían estado deliberando la mejor forma de abordar el problema se acercaron presurosos y poniéndose al frente del grupo, el que llevaba la voz cantante gritó en tono imperativo: “¡¡Lucía!!, por el poder que nos ha sido otorgado, te ordenamos que depongas tu actitud y regreses de inmediato a cumplir con tus obligaciones”.

La muchacha soltó una alegre carcajada y respondió: “¿El poder que os ha sido otorgado?, si otorgado con embustes y mala fe para que podáis

esclavizar a vuestros conciudadanos, pero el tiempo de la esclavitud ha pasado y yo soy libre mamarrachos”.

Su interlocutor, rojo de ira respondió: “Te lo hemos pedido por las buenas y has respondido con insultos, atente a las consecuencias”.

Y seguidamente dirigiéndose al puente: “Capitán, somos la autoridad en esta isla y le ordenamos que nos devuelva la fugitiva o le acusaremos de secuestro”.

El capitán, con una sonrisa socarrona respondió: “¿Secuestro?, yo pienso que ha venido por voluntad propia, más bien parecen ustedes los que intentan secuestrarla, y en cuanto a su dudosa autoridad... Suponiendo que la tuvieran, sería sobre su isla y no sobre mi barco que reposa en el mar”.

Con el rostro desencajado, el elegido ordenó a todo el grupo: “Retirémonos, lo hemos intentado resolver pacíficamente, pero mi paciencia se ha terminado”.

Apenas había desaparecido el grupo de la vista, cuando llegaron los cazadores con aire chulesco, se plantaron lo más cerca posible del barco anclado en la bahía y apuntando sus escopetas hacia allí conminaron: “Bien chica la autoridad te ha ordenado que regreses, así que o lo haces de inmediato o...”.

Su discurso se vio cortado de improviso cuando dos de los marinos hicieron tabletear sus kalashnikov arrancando esquirlas de la roca bajo los pies de los aterrados cazadores que tiraron sus armas y aprestaron a correr gritando como posesos acompañados de las carcajadas que se oían en el barco.

Finalmente, el capitán dijo: “¿Os dais cuenta?, estos matones de tercera cuando se encaran con un militar de verdad se cagan de miedo. Venga muchachos, aquí no pintamos nada, ¡llevar anclas!. Señorita Lucía, queda contratada como cocinera si le interesa, porque el biólogo que ocupa el cargo en sus ratos libres tiene muy buena voluntad pero mala mano”.

“A sus órdenes mi capitán”.

En la isla, en público, todo fueron censuras e insultos hacia la proscrita, pero en círculos más privados el tono cambiaba por completo.

Días más tarde, los cuatro muchachos que tenían alquilado el barquichuelo, avistaron en altamar un pesquero factoría de gran tamaño, se dirigieron hacia él y dos de ellos subieron a bordo, después de una breve conversación con el capitán regresaron.

Aquel día todo fueron conversaciones y planes, apenas pudieron pescar nada para disgusto de sus patronos a los que dijeron que habían tenido mala suerte pero que al día siguiente lo compensarían.

Aquella madrugada, diecisiete formas furtivas, cargadas con pesados fardos se dirigieron a la bahía repartiéndose con su cargamento entre los tres barcos de pesca. Con la primera luz del alba soltaron amarras, y cuando se descubrió su fuga ya eran tres velas camino del horizonte, donde el buque factoría les aguardaba, habían cambiado pasaje hacia la civilización por trabajo.

Entre los fugitivos se encontraban la granjera que había tenido que prostituirse y su hija, que aquella misma noche había soltado y empujado hacia el bosque a todos sus animales, el campesino que pagaba la hipoteca, los anteriores elegidos, y todos aquellos que estaban hartos de la hipocresía y corrupción de aquel supuesto sistema anarquista.

Antes de partir, todos habían dejado en sus casas una vela encendida sobresaliendo de un montón de paja seca. Al contemplar desde el mar las columnas de humo elevarse hacia el cielo comprobaron que su estratagema había tenido éxito, nadie se aprovecharía de su esfuerzo ni saldría beneficiado con su huida.

En la isla, cuando acabó el tiempo de los llantos, gritos e insultos, el ambiente quedó sereno pero muy tenso.

En una reunión general se tomaron medidas drásticas, los elegidos fueron desposeídos de su cargo, vivienda y privilegios, tampoco volverían a realizarse elecciones, las tabletas quedaron abolidas, así como todas las deudas y contratos, no habría intercambios, nadie sería propietario de nada, todos trabajarían en la medida de sus fuerzas y el fruto obtenido se repartiría equitativamente entre todos. Hubo algunas protestas que fueron acalladas por bastantes miradas amenazadoras.

Al acabar la reunión, alguien preguntó al médico, que tenía fama de sabio y prudente: “¿Qué te parece el nuevo sistema que hemos creado?”

“No habéis inventado nada nuevo, a eso se le llama comunismo”.

La idea podía haber funcionado, pero les faltaba ilusión y les sobraba desencanto, trabajaban, pero desapasionadamente, sin empuje, casi siempre preocupados de no estar haciendo el tonto al esforzarse más que los otros.

Toda esa falta de motivación, unida a los huecos en el sistema que habían dejado los dieciocho fugitivos, ocasionó que su nivel de vida no fuera demasiado próspero, lo cual les desmotivó aún más.

En el momento en que pudieron ponerse en contacto con la civilización, pidieron ser repatriados y ninguno de ellos volvió a ensalzar las bondades del sistema anarquista.

FIN...